

Frances Hodgson Burnett

El jardín secreto

Traducido del inglés
por Ana Belén Ramos

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Secret Garden*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsuarez.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



- © de la traducción: Ana Belén Ramos, cedida por Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S.A.)
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-375-9
Depósito legal: M. 24.331-2023
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

No queda nadie

Cuando Mary Lennox fue enviada a la mansión Misselthwaite para vivir con su tío, todo el mundo dijo que nunca había visto una niña con una pinta tan desagradable. Y, sí, era cierto. Tenía una carita escuchimizada, un cuerpecito escuchimizado, el cabello escuchimizado y la expresión agría. Su pelo era amarillento y su cara también estaba amarillenta porque había nacido en la India y casi siempre había estado enferma por una cosa o por otra.

Su padre había ostentado un cargo en el Gobierno inglés y había estado siempre muy ocupado, y también enfermo; y su madre había sido una gran belleza, interesada solo en ir a fiestas y divertirse con gente alegre. Nunca quiso ella tener una hija y, cuando Mary nació, la puso al cuidado de un aya a la que dejó claro que, para complacer a la *Mem Sahib*, debía mantener a la niña tan lejos de su vista como fuera posible. Así que mientras fue una criaturita de pecho, enfermiza, irritable y fea, la quitaron de en medio, y cuando, enfermiza e irritable, daba ya sus primeros pasos, igualmente la quitaron de en medio. Los únicos recuerdos familiares que guardó Mary fueron los rostros oscuros de sus ayas y otros criados nativos y, como siempre la obedecían y le permitían salirse con

la suya (pues no se podía enfadar a la *Mem Sahib* con los llantos de la niña), a la edad de seis años se había convertido en una tirana grosera y egoísta, como no ha habido otra sobre la faz de la tierra. La joven institutriz inglesa que llegó para enseñarle a leer y a escribir le tenía tanta antipatía que renunció a su puesto en tres meses, y ninguna de las institutrices que trató de reemplazarla aguantó más tiempo que la primera. De modo que si no fuese porque Mary decidió que quería leer libros, no habría aprendido ni las letras.

Una mañana tremendamente calurosa, cuando Mary andaba alrededor de los nueve años, la niña se despertó muy soliviantada, y al ver que la sirvienta que la acompañaba no era su aya, se soliviantó aún más.

—¿Qué haces tú aquí? —le dijo a la desconocida—. Quiero que te vayas. Que venga mi aya.

La mujer parecía asustada, y apenas logró balbucear que la aya no podía ir, y cuando Mary se enrabietó y la golpeó y le dio patadas, repitió aún más asustada que el aya no podía ir ver a la *Missie Sahib*.

Algo misterioso flotaba en el ambiente aquella mañana. Las cosas no seguían el orden acostumbrado y se echaban en falta varios sirvientes nativos; los que pasaron junto a Mary se escabullían o corrían de aquí para allá, con el rostro ceniciento y acongojado. Pero nadie hablaba con ella, y su aya no apareció. De hecho, conforme avanzó la mañana se fue quedando más y más sola y finalmente salió al jardín y se puso a jugar bajo un árbol, cerca de la veranda. Jugaba a hacer un parterre de flores clavando grandes hibiscos escarlatas en pequeños montículos de tierra, y su enfado fue creciendo a la vez que murmuraba las cosas y los insultos que le diría a Saidie cuando esta volviera.

–¡Cerde! ¡Cerde! ¡Hija de cerdos! –decía, porque llamar cerdo a un nativo era el peor insulto de todos.

Andaba diciendo esto y rechinando los dientes una y otra vez cuando Mary escuchó que su madre salía a la veranda con alguien más. Era un joven rubio, y los dos se detuvieron a hablar en voz baja en un tono extraño. Mary conocía a ese hombre rubio que tenía aspecto de niño. Había oído que era un oficial recién llegado de Inglaterra. La niña se quedó mirándolo, pero sobre todo miró fijamente a su madre. Siempre la miraba fijamente cuando tenía la oportunidad de verla, porque la *Mem Sahib* –que es como Mary la llamaba casi siempre– era muy alta, esbelta, bonita y llevaba siempre prendas exquisitas. Su pelo era como seda rizada y tenía una nariz delicada que parecía hecha para el desdén, y grandes ojos risueños. Todas sus ropas estaban llenas de encaje, eran ligeras y vaporosas, y Mary decía que eran pura «gracia encajada». Parecían más llenas de gracia que nunca aquella mañana, pero sus ojos no estaban nada risueños. Grandes y asustados, se alzaban implorantes hacia el rostro del joven oficial rubio.

–¿Tan grave es? Oh, ¿de verdad? –la escuchó decir Mary.

–Peor –respondió el joven con voz trémula–. Peor, señora Lennox. Debería haberse ido a las montañas hace dos semanas.

La *Mem Sahib* se retorció las manos.

–¡Oh, lo sé, tenía que haberlo hecho! –gritó ella–. Solo me quedé para ir a aquella ridícula cena. ¡Qué tonta fui!

En ese preciso momento surgió de los aposentos de los sirvientes un gemido tan fuerte que ella se agarró

al brazo del joven y Mary se puso a temblar de pies a cabeza. El lamento era cada vez más y más violento.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —jadeó la señora Lennox.

—Alguien ha muerto —respondió el joven oficial—. No me había dicho que se hubiera propagado entre sus sirvientes.

—¡No lo sabía! —gritó la *Mem Sahib*—. ¡Venga conmigo! ¡Venga conmigo! —y se dio la vuelta y se metió corriendo en la casa.

Después de aquello, sucedieron cosas horribles, y el misterio de la mañana le fue revelado a Mary. El cólera se había propagado en su variedad más mortal y la gente moría como moscas. Por la noche habían tenido que llevarse al aya enferma y los llantos de los criados que provenían de la cabaña se debían a que el aya acababa de morir. Murieron tres sirvientes más y otros escaparon aterrorizados antes de que el día llegara a su fin. Había pánico en todos los rincones y moribundos en todos los *bungalows*.

Durante la confusión y el desconcierto del segundo día, Mary se ocultó en el cuarto de juegos, olvidada por todos. Nadie pensó en ella, nadie la buscó, y sucedieron cosas extrañas de las que ella nada supo. Mary pasaba las horas llorando y durmiendo alternativamente. Lo único que sabía era que la gente estaba enferma y que escuchaba sonidos misteriosos y aterradores. En una ocasión caminó muy despacio hasta el comedor y lo encontró vacío, sin embargo, la comida estaba en la mesa, sin terminar, y parecía que las sillas y los platos hubiesen sido apartados rápidamente al levantarse de repente los comensales por alguna razón. La niña comió algo de fruta y galletas y, como

estaba sedienta, se bebió un vaso de vino casi lleno. Tenía un sabor dulce y ella ignoraba lo fuerte que era. Muy pronto, el vino le provocó un sopor intenso, así que se volvió a su cuarto de juegos y se encerró de nuevo allí dentro, asustada por los gritos que llegaban desde las cabañas y el sonido de pasos apresurados. El vino la dejó tan somnolienta que apenas podía mantener los ojos abiertos, se tumbó en su cama y durante mucho tiempo no supo nada más.

Muchas cosas tuvieron lugar durante esas horas en las que ella estuvo tan profundamente dormida, pero no le molestaron ni los llantos ni el ruido de los objetos que se acarreaman dentro y fuera del *bungalow*.

Cuando despertó, se incorporó y se quedó mirando a la pared. La casa estaba en completa quietud. Nunca la había escuchado tan silenciosa. No oía voces, ni pasos, y se preguntaba si todos se habrían repuesto ya del cólera y se habría acabado el problema. Se preguntaba también quién cuidaría de ella ahora que el aya estaba muerta. Vendría un aya nueva, y quizá esta supiera nuevos cuentos. Mary estaba bastante harta de los cuentos antiguos. No lloró por la muerte de su niñera. No era una niña afectuosa y nunca se había preocupado mucho por los demás. El ruido y las prisas y los llantos del cólera la habían asustado, y estaba enfadada porque nadie parecía haber caído en la cuenta de que ella seguía viva. Todo el mundo sentía demasiado pánico como para pensar en una niña pequeña que a nadie gustaba. Parecía que cuando la gente tenía cólera solo se preocupaba de sí misma. Pero si ya estaban todos recuperados, seguramente alguien se acordaría de ella y regresaría a buscarla.

Pero no volvió nadie y, mientras esperaba, el silencio de la casa pareció crecer más y más. Escuchó un ruido siseante en la estera, y al mirar hacia abajo vio pasar una pequeña serpiente que la miraba con sus ojos enojados. No se asustó, porque se trataba de una cosita inofensiva que no podía hacerle daño y que parecía muy apurada por salir de la habitación. Mientras la niña la miraba, la serpiente se escabulló por debajo de la puerta.

—Qué raro y tranquilo está todo —dijo ella—, parece que no hubiera nadie en el *bungalow* salvo la serpiente y yo.

Casi al minuto siguiente, escuchó pasos por el recinto, y después en la veranda. Eran pasos de hombres y estos hombres entraron en el *bungalow* hablando en voz baja. Nadie salió a darles la bienvenida o a hablar con ellos, parecía que estaban abriendo puertas y mirando dentro de las habitaciones.

—¡Qué desolación! —escuchó que decía una voz—. ¡Esa mujer hermosa, tan hermosa! Supongo que la niña también. He oído que había una niña, aunque nadie la vio nunca.

Mary estaba de pie en mitad del cuarto de juegos cuando abrieron la puerta unos minutos después. Fea, enfadada, con el ceño fruncido porque empezaba a sentirse hambrienta y vergonzosamente desatendida. El primer hombre que entró fue un oficial alto que ella había visto una vez hablando con su padre. Parecía cansado y preocupado, pero cuando la vio se quedó tan sorprendido que retrocedió casi de un salto.

—¡Barney! —gritó—. ¡Hay una niña aquí! ¡Una niña sola! ¡En un lugar como este! Que Dios nos asista, ¿quién es?

–Soy Mary Lennox –dijo la pequeña poniéndose muy tiesa. Mary pensó en lo descortés que había sido aquel hombre al llamar al *bungalow* de su padre «¡un lugar como este!»–. Me quedé dormida cuando todo el mundo tenía el cólera y acabo de despertar. ¿Por qué no han vuelto?

–¡Esta es la niña que nadie había visto nunca! –exclamó el hombre dirigiéndose a sus acompañantes–. ¡Así que se habían olvidado de ella!

–¿Por qué se olvidaron de mí? –dijo Mary dando un zapatazo–. ¿Por qué no han vuelto?

El joven hombre llamado Barney la miró con mucha tristeza. Mary incluso creyó ver que pestañeaba para librarse de las lágrimas.

–¡Pobre niñita! –dijo el joven–. No pueden volver porque no queda nadie.

Fue de esa manera extraña y repentina como Mary descubrió que ya no le quedaba padre ni madre, que habían muerto y se los habían llevado por la noche, y que los pocos criados nativos supervivientes habían abandonado la casa tan rápidamente como pudieron, sin que uno solo de ellos se acordara de que existía una *Missie Sahib*. Por eso estaba todo tan tranquilo. Era verdad que no había nadie en el *bungalow* salvo ella y la pequeña serpiente siseante.

II

Doña Mary fastidiosa

A Mary le había gustado eso de mirar a su madre desde una cierta distancia, pensaba que era muy guapa, pero apenas sabía nada de ella, así que no cabía esperar que la quisiese mucho o que la echase mucho de menos si faltaba. Y la verdad es que no la echó de menos en absoluto; como era una niña egoísta, se dedicó a pensar solo en sí misma, como había hecho siempre. De haber sido mayor, seguramente se habría angustiado al quedarse sola en el mundo, pero como era muy pequeña y siempre habían cuidado de ella, supuso que seguirían cuidándola. Pensó que le gustaría saber si iría a dar con gente amable y educada, que le dejara salirse siempre con la suya como habían hecho su aya y los otros criados nativos.

Sabía que no iba a permanecer mucho tiempo en la casa del pastor inglés que la acogió al principio. Y ella no quería quedarse. El pastor inglés era pobre y tenía cinco niños casi todos de la misma edad, llevaban ropas gastadas y estaban siempre peleándose y quitándose los juguetes unos a otros. Mary odiaba aquel desastrado *bungalow* y era tan desagradable con los niños que después de un día o dos nadie quería jugar con ella. El segundo día ya le habían puesto un apodo que la enfurecía.

Se le ocurrió a Basil. Basil era un niño pequeño de impertinentes ojos azules y nariz respingona, y Mary lo odiaba. Ella estaba jugando sola bajo un árbol, igual que el día que estalló el cólera. Disponía montoncitos de tierra y caminos para hacer un jardín, y Basil se acercó y se quedó junto a ella mirándola. En seguida se mostró muy interesado y de pronto le hizo una sugerencia.

—¿Por qué no pones un montoncito de piedras allí y haces como si fuera una rocalla? —dijo él—. Allí en el medio —y se inclinó sobre ella para señalarlo.

—¡Vete! —gritó Mary—. No me gustan los niños. ¡Vete!

Durante un instante Basil pareció enfadado, y después empezó a burlarse. Siempre estaba burlándose de sus hermanas. Se puso a bailar alrededor de ella y a hacerle muecas y a cantar y a reírse.

Doña Mary fastidiosa,
¿qué florece en tu jardín?
Campanitas y conchitas,
marimoñas y verdín.

Cantó la canción y los otros niños lo escucharon y se rieron con él, y cuanto más se enfadaba Mary, más cantaban ellos «Doña Mary fastidiosa». Y después de aquello, todo el tiempo que estuvo allí, no dejaron de llamarla «Doña Mary fastidiosa» cuando hablaban unos con otros y a veces también cuando se dirigían a ella.

—Te van a mandar a casa —le dijo Basil—, al final de la semana. Y nos alegramos mucho.

—Yo también me alegro mucho —dijo Mary—. ¿Dónde está mi casa?

–¡No sabe dónde está su casa! –dijo Basil, con la arrogancia de sus siete años–. Está en Inglaterra, por supuesto. Nuestra abuela vive allí, y el año pasado mandaron a nuestra hermana Mabel con ella. Pero tú no vas a ir con tu abuela. No tienes abuela. Vas a ir con tu tío. El señor Archibald Craven.

–No he oído hablar de él –soltó Mary.

–Ya lo sé –respondió Basil–. No sabes nada de nada. Las chicas nunca se enteran de nada. Yo sí he escuchado a padre y a madre hablar de él. Vive en una casa en el campo, grandísima, vieja y desolada, y nadie se le acerca. Tiene tan mal humor que no lo permite, y aunque lo permitiera tampoco se acercaría nadie. Es un jorobado, y es horrible.

–No te creo –dijo Mary; y le dio la espalda y se metió los dedos en los oídos, porque ya no quería seguir escuchando.

Pero después le dio muchas vueltas a aquel asunto; y cuando la señora Crawford le dijo por la noche que en unos días iba a navegar hasta Inglaterra para ir con su tío, el señor Archibald Craven, que vivía en la mansión Misselthwaite, se mostró tan indiferente, tan testarudamente impasible que no supieron qué pensar. Intentaron ser amables, pero lo único que hizo Mary fue quitarle la cara a la señora Crawford cuando intentó besarla y quedarse completamente tiesa cuando el señor Crawford le dio palmaditas en el hombro.

–Qué niña tan poco agraciada –dijo más tarde la señora Crawford con pena–. Y qué hermosa era su madre. Además tenía buenos modales, pero el comportamiento de Mary es el más ingrato que he visto nunca en una chiquilla. Los niños la llaman «Doña Mary fastidiosa» y aunque está muy feo por su parte

una no puede evitar comprenderlo. Quizá si la madre hubiese asomado más a menudo su hermoso rostro y su distinguido comportamiento por el cuarto de juegos, Mary habría aprendido algo de modales. Ahora que esa pobre hermosura ya no está, es triste recordar que había muchas personas que ni siquiera sabían que tenía una hija. Creo que casi no la miraba –suspiró la señora Crawford–. Al morir su aya ya no quedó nadie que se ocupara de la criaturita. Imagínate, los sirvientes escapando y dejándola sola en aquel *bungalow* desierto. El coronel McGrew dijo que cuando abrió la puerta y se la encontró sola en mitad de la habitación casi le da un patatús.

Mary realizó el largo viaje a Inglaterra bajo la supervisión de la esposa de un oficial, que llevaba a sus hijos a un internado. Y esta ya tenía bastante con sus propios hijos, un niño y una niña, de modo que se alegró mucho cuando al fin dejó a Mary con la mujer que el señor Archibald Craven había mandado a Londres para recogerla. Se trataba del ama de llaves de la mansión Misselthwaite, y se llamaba señora Medlock. Era una mujer rotunda, con las mejillas muy rojas y ojos negros y audaces. Llevaba un vestido de color púrpura intenso, un manto de seda negro con flecos de azabache y una cofia negra con flores de terciopelo púrpura que se mantenían erguidas y temblaban cuando ella movía la cabeza. A Mary no le gustó en absoluto, pero esto no era extraño, pues a ella no solía gustarle nadie. Por otra parte, como se hizo evidente, tampoco la niña le resultaba agradable a la señora Medlock.

–¡Caramba! ¡Qué poca gracia tiene! –dijo–. Y eso que habíamos oído que su madre era una belleza.

Se ve que no le dejó nada en herencia. ¿Verdad, señora?

—Quizá mejore cuando crezca —respondió cordialmente la esposa del oficial—. Si no fuera por ese tono cetrino y tuviera una expresión más agradable..., sus rasgos son bastante buenos. Los niños cambian mucho.

—Pues sí que va a tener que cambiar esta —respondió la señora Medlock—. Y la verdad es que no hay nada en Misselthwaite que haga que los niños mejoren.

Pensaban que Mary no las escuchaba porque estaba un poco apartada, junto a la ventana del hotel al que habían ido. Miraba pasar los autobuses y los taxis, y también a la gente, pero las oyó perfectamente y sintió gran curiosidad por su tío y el lugar en que vivía. ¿Qué clase de lugar era y cómo sería él? ¿Qué era un jorobado? Nunca había visto uno. Quizá no los había en la India.

Desde que vivía en casa ajena y no tenía aya, había empezado a sentirse sola y a tener extraños pensamientos, nuevos para ella. Empezó a preguntarse por qué parecía no haber estado ligada nunca a nadie, ni siquiera cuando su padre y su madre vivían. Otros niños sí que parecían estar ligados a sus padres y a sus madres, pero ella no había sido nunca la niña pequeña de nadie. Claro que había tenido sirvientes y comida y ropas, pero nunca le habían prestado atención. No sabía que precisamente por eso era tan desagradable, y por supuesto tampoco tenía conciencia de serlo. Creía que los desagradables eran los demás, pero ignoraba que ella misma lo era.

Pensó que la señora Medlock era la mujer más desagradable que había visto nunca, con su cara tan

colorada y vulgar, y su cofia vulgar y pomposa. Cuando al día siguiente partieron de viaje a Yorkshire, Mary atravesó la estación con la cabeza muy alta, y se dirigió al vagón del tren intentando mantenerse tan alejada de la señora Medlock como le fue posible, pues no quería que las relacionasen. Le habría enfadado mucho que la gente imaginara que ella era su niña pequeña.

Pero a la señora Medlock no le preocupaban lo más mínimo la niña ni sus pensamientos. Era el tipo de mujer que no soportaba «las tonterías de los jovencitos». Al menos eso habría contestado si alguien le hubiera preguntado. Ir a Londres no había sido idea suya, justo ahora que la hija de su hermana María iba a casarse, pero tenía un empleo cómodo, bien pagado, de ama de llaves en la mansión Misselthwaite y la única manera de conservarlo era cumplir al instante las órdenes del señor Archibald. No se atrevía siquiera a hacer preguntas.

—El capitán Lennox y su esposa han muerto por el cólera —le había dicho el señor Craven con su tono lacónico y frío—. El capitán Lennox era el hermano de mi esposa y yo soy el tutor de su hija. Hay que traer aquí a la niña. Vaya a Londres y tráigala usted misma.

Así que preparó su pequeño baúl e hizo el viaje.

Irritada y feúcha, Mary iba sentada en un rincón del compartimento. No tenía nada que leer o que mirar, y cruzaba sus pequeñas manitas enguantadas sobre su regazo. Su vestido negro le hacía parecer más amarillenta que nunca, y su pelo mustio y claro le caía por debajo del sombrero negro de crepé.

—Una niña más destorpada que esta... no la he visto en mi vida —pensó la señora Medlock—. (Destorpada

es una palabra del yorkshire y se usa para las niñas mimadas y petulantes). Nunca había visto a una niña que se quedara tan quieta sin hacer nada; al final se cansó de mirarla y se puso a hablar con voz fuerte y briosa.

–Supongo que lo mejor será que te cuente cosas del lugar al que vas –dijo–. ¿Sabes algo acerca de tu tío?

–No –dijo Mary.

–¿Nunca escuchaste a tu padre y a tu madre hablar de él?

–No –dijo Mary frunciendo el ceño. Fruncía el ceño porque se acordó de que ni su padre ni su madre le habían hablado jamás de ninguna cosa en concreto. La verdad era que sus padres nunca le habían hablado de nada.

–Hum –murmuró la señora Medlock mirando aquella carita rara e indolente. No dijo nada más durante unos momentos y después comenzó de nuevo–. Supongo que lo mejor será decirte algo... para que estés preparada. Vas a un lugar extraño.

Mary no dijo nada de nada, y la señora Medlock parecía bastante desconcertada por su visible indiferencia, pero tomó aliento y continuó.

–Se trata de un lugar enorme e imponente, un tanto tétrico y, de algún modo, el señor Craven está orgulloso de que así sea..., lo cual es también bastante tétrico. La casa tiene seiscientos años y está en un extremo del páramo, y posee cerca de un centenar de habitaciones, aunque la mayoría están cerradas y bajo llave. Y hay cuadros y buenos muebles antiguos y cosas que llevan allí siglos, y hay un gran parque alrededor y jardines y árboles, y algunos de ellos tienen

ramas que cuelgan hasta el suelo. –Hizo una pausa y tomó aire otra vez–. Pero no hay nada más –concluyó tajantemente.

Muy a su pesar, Mary había empezado a escucharla. Todo parecía tan distinto a la India..., y la novedad le atraía bastante. Pero no quería mostrarse interesada. Esa era una de sus tristes y desagradables costumbres. Así que permaneció callada.

–¿Y bien –dijo la señora Medlock–, qué piensas tú de todo esto?

–Nada –respondió–. No sé nada de lugares así.

Eso hizo que la señora Medlock soltara una breve carcajada.

–¡Vaya! –dijo–, pareces una vieja. ¿Es que no te importa?

–¿Y qué más da –dijo Mary– si me importa o no?

–Ahí tienes toda la razón –añadió la señora Medlock–. Lo mismo da. No sé para qué vas a quedarte en la mansión Misselthwaite, debe ser porque es lo más fácil. *Él* no va a preocuparse de ti, eso está más claro que el agua. Nunca se preocupa por nadie.

La señora Medlock se detuvo como si hubiera caído en algo de repente.

–Tiene la espalda encorvada –dijo–. Eso lo echó a perder. Era un hombre amargado y no le sirvió de nada todo su dinero y su gran casa hasta que se casó.

A pesar de su intención de no mostrar interés, los ojos de Mary se dirigieron hacia la mujer. No se le había ocurrido que el jorobado estuviese casado, y se sintió un poco sorprendida. La señora Medlock lo notó, y como era muy habladora continuó con más interés. En definitiva, era una manera como cualquier otra de pasar el tiempo.

—Ella era una mujer adorable y bonita, y él habría atravesado el mundo para traerle una brizna de hierba si ella se lo hubiera pedido. Nadie pensó que se fuera a casar con él, pero lo hizo, y entonces la gente dijo que se había casado por su dinero. Pero no fue así, desde luego que no. Cuando ella murió...

Mary dio un brinco involuntario.

—¡Oh! ¡Murió! —exclamó, obviamente sin pretenderlo. De repente se acordó de un cuento de hadas francés que había leído, titulado «Riquet à la Houppe». Trataba de un pobre jorobado y una hermosa princesa y le hizo sentir una pena repentina por el señor Craven.

—Sí, murió —respondió la señora Medlock—. Y eso hizo que se volviera aún más raro. No se preocupa por nadie. No ve a nadie. La mayor parte del tiempo está de viaje. Y cuando llega a la mansión de Missethwaite se encierra en el ala este y no permite que nadie le vea, salvo Pitcher. Pitcher es un viejo, pero le cuidó cuando era niño y entiende sus costumbres.

Todo aquello parecía salido de un libro y no hizo que Mary se sintiera precisamente feliz. Una casa con cien habitaciones casi todas cerradas y las puertas bajo llave, una casa en el extremo de un páramo —fuese lo que fuese un páramo—. Sonaba espeluznante. ¡Un hombre con la espalda encorvada, y encerrado además! Miró por la ventanilla y apretó los labios con fuerza, le pareció muy apropiado que la lluvia empezara a caer en sesgadas líneas grises y recorriera y salpicara el cristal de la ventanilla. De haber estado viva, la bella esposa podría haberse dedicado a cosas alegres, un poco como su propia madre, podría haber entrado y salido y asistido a fiestas con

vestidos de «gracia encajada». Pero no, ella ya no estaba allí.

—No creas que vas a verlo, porque diez a uno a que no lo verás —dijo la señora Medlock—. Y no creas que va a haber nadie para hablar contigo. Tendrás que jugar sola y cuidarte tú misma. Se te dirá a qué habitaciones puedes ir y en cuáles no puedes entrar. Hay jardines de sobra. Pero cuando estés en la casa no andes merodeando y curioseando. El señor Craven no te lo permitirá.

—No tengo interés en andar curioseando —dijo agriamente la pequeña Mary; y, justo en ese momento, tan repentinamente como había empezado a sentir pena por el señor Craven, dejó de sentirla y empezó a pensar que era tan antipático como para merecer todo lo que le había pasado.

Y después giró su cabeza hacia los cristales empapados de la ventanilla del vagón y observó la tormenta gris, que parecía que no iba a acabar nunca. La miró tan larga y fijamente que la grisura se hizo más y más grande frente a sus ojos, y la niña se quedó dormida.

III

Cruzando el páramo

Mary estuvo mucho tiempo dormida, y cuando despertó, la señora Medlock había comprado una cesta de comida en una de las estaciones, y tomaron algo de pollo y ternera fría, pan con mantequilla y té caliente. Parecía que la lluvia caía ahora con más fuerza que nunca y todos en la estación llevaban impermeables mojados y destellantes. El jefe de tren encendió las lámparas del vagón, y la señora Medlock disfrutó mucho del té y el pollo y la ternera. Comió en gran cantidad y después fue ella la que se quedó dormida. Mary la contempló desde su asiento y observó cómo su pomposa cofia se escurría hacia un lado hasta que volvió a quedarse dormida en el rincón del compartimento, arrullada por el sonido de la lluvia contra las ventanillas. Estaba bastante oscuro cuando se despertó de nuevo. El tren había parado en una estación y la señora Medlock la zarandeaba.

—¡Ya has dormido bastante! —dijo—. ¡Es hora de que abras los ojos! Estamos en la estación Thwaite y nos queda un largo camino por delante.

Mary se incorporó e intentó mantener los ojos abiertos mientras la señora Medlock recogía los bultos. La pequeña no se ofreció a ayudarla porque en la India eran siempre los sirvientes nativos los que reco-

gían o portaban las cosas, y que los demás le sirvieran a uno parecía lo correcto.

Era una estación pequeña y nadie salvo ellas mismas parecía estar saliendo del tren. El jefe de estación se dirigió a la señora Medlock en un tono seco y simpático a un tiempo. Pronunciaba las palabras con un acento raro, muy cerrado, y Mary supo después que se trataba del yorkshire.

–Veo *custé ya* vuelto –dijo él–. Y *ca traío* la niña.

–*Mesmamente* –respondió la señora Medlock, también con el acento de Yorkshire y señalando a Mary con la cabeza–. ¿Cómo está la señora?

–Bien, *mu* bien. El carruaje está esperando fuera.

Una berlina aguardaba en la carretera frente al pequeño andén exterior. Mary vio el elegante carruaje, y no menos elegante era el lacayo que la ayudó a subir. Su largo abrigo impermeable y la cobertura impermeable de su sombrero brillaban y goteaban con la lluvia como todo lo demás, incluido el fornido jefe de estación.

Cuando cerró la puerta, el lacayo se montó en el pescante con el cochero, y partieron. La niña se encontró sentada en un cómodo rincón acolchado, pero no estaba dispuesta a quedarse dormida de nuevo. Se sentó y miró por la ventanilla, con la curiosidad de poder ver algo en la carretera por la que la conducían hacia ese extraño lugar del que le había hablado la señora Medlock. No era una niña tímida y no es que estuviese precisamente asustada, pero debía admitir que no había forma de saber qué podía suceder en una casa con un centenar de habitaciones casi todas cerradas..., una casa que se asentaba en el extremo del páramo.